



NÚMERO 24

ABRIL 2017

Buenos Aires

ISSN 1669-9092

INSUFICIENCIA, NEGACIÓN Y DESINTERÉS.

EL VACÍO Y SU RECEPCIÓN ADVERSA EN OCCIDENTE.

Héctor Sevilla Godínez¹

Resumen

No es complicado observar que al vacío se le ha temido de distintas maneras en la historia. En algunas perspectivas del ámbito de la filosofía, así como en la psicología,

¹ Doctor en Filosofía por la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México. Es Miembro de la Asociación Filosófica de México, de la Asociación Transpersonal Iberoamericana, de la Asociación Académica de Filosofía de España y del Sistema Nacional de Investigadores de CONACYT. Se ha especializado en el ámbito del nihilismo, la metafísica y la mística. También ha incursionado en la literatura y fue becario del Programa de Estímulos para la Creación y el Desarrollo Artístico del CONACULTA (2013); obtuvo un premio del Gobierno de Jalisco en la categoría de Investigador Joven (2011) y fue finalista del premio Letras Nuevas de Novela de editorial Planeta (2013). Ha publicado siete libros de autoría personal y más de seis decenas de artículos en revistas especializadas, dentro y fuera de México. Asimismo, ha fungido como coordinador de diversas obras colectivas. Actualmente prepara los libros *Espiritualidad Filosófica* y *La sombra del candelabro*, en donde aborda la relación entre la mística y el ejercicio de investigación, así como la implicación del pensamiento de Heschel con el judaísmo y la filosofía. Es profesor e investigador de la Universidad de Guadalajara.

la física o en las propuestas religiosas, el vacío ha sido considerado como una especie de absurdo conceptual, una evidencia de un mal moral, un castigo o un sinsabor insípido que sólo puede ocasionar contrariedades. De tal modo, existen distintas propuestas que enfrentan el vacío y sólo logran vaciar más. El presente artículo tiene como principal interés exponer algunas de las más típicas versiones de las actitudes de animadversión ante el vacío que son típicas en la cultura occidental.

Palabras Claves: Vacío, Sentido, Existencia, Sinsentido, Insuficiencia.

Abstract

It is not complicated to observe that emptiness has been feared throughout history in distinct manners. Within some philosophical perspectives, such as psychology, physics, or religious proposals, emptiness has been considered a sort of conceptual absurdity, an evidence of bad morality, a punishment, or a tasteless unpleasantry which can only provoke contrariness. In such a manner, there are different proposals that confront emptiness and only manage to empty it further. This article's main interest is to present some of the more typical varieties of the animadversions regarding emptiness which are characteristic of the Western culture.

Key Words: Emptiness, Sense, Existence, Non-sense, Insufficiency.

Introducción

El vacío no es un mal contemporáneo sino la evidencia de la inadecuación de los sistemas e instituciones actuales para la vida humana. Por lo tanto, no percibir el propio vacío implicaría una adaptación a una estructura social poco virtuosa y, por ello, constituiría un mal mayor: la insensibilidad ante el vacío en general.

Es momento de reconsiderar, recalculer, permitir la duda. Cuando consideramos que todo marcha bien no prestamos atención a los detalles. Si se percibe que todo está en orden no se visualizan alternativas distintas más que para justificar la

quietud, la pasividad. ¿Por qué debemos aparentar que nuestras vidas son plenas y que todo de lo que hacemos tiene un motivo congruente con nuestras aspiraciones más profundas? ¿Qué podría sucedernos si rompemos la inercia? ¿Hasta qué punto nos permitiremos ver más allá del cristal de nuestra fantasía? ¿Qué se destruiría si nos reconocemos en actitud egoísta? ¿Acaso se acabará el mundo si nos asumimos imperfectos, inacabados, grotescos, perturbables y vacíos?

Es oportuno resignificar la ausencia para poder modelar nuevas presencias. Dejar de temer al vacío para, desde él, proveer nuevas alternativas de vida, de pensamiento, de oportunidad, de consideración. Ya lo sabían los pensadores orientales cuando reconocieron que es difícil intentar servir agua en un vaso lleno; en tal analogía reflejaron la actitud ególatra del occidental que se considera sabio por acumular conocimiento, enriquecido por acaudalar millones en cuentas bancarias, fuerte por lograr masa muscular prominente, productivo por encerrarse a laborar en oficinas de cristal, amado por proveerse de parejas distintas y variadas, admirado por pagar a quien obedezca, libre por tomar las opciones que ofrece el mercado, o culto por obtener títulos de instituciones educativas de prestigio que, a la vez, se consideran prestadoras de beneficios a la sociedad en medida que obtienen de ella los recursos para seguir con su pretendido altruismo.

Si el humano contemporáneo admite las posibilidades que el vacío ofrece, como contenedor de alternativas, se permitirá penetrar en un espacio inexplorado que le pertenece a sí mismo. Con urgencia debemos de detener un poco nuestras marchas aceleradas y voltear para observar con paz lo que existe ya a nuestro alrededor. Hemos estado continuamente distraídos en lo que consideramos importante y es eso lo que nos ha restado importancia. Usualmente, los caminos que las personas eligen han sido definidos en función de lograr abundancia, de obtener algo tangible, de negar lo que originalmente, desde adentro, nos lleva al movimiento. Ese activismo poco moderado, tan común de la época en que vivimos, es consecuencia directa de la ansiedad, no del vacío. Detrás de toda ansiedad existe un vacío que no ha sido significado

correctamente. Por ello, más que observar al vacío como algo que debe de ser llenado, ocultado o enfrentado, se le puede concebir como una posibilidad óptima.

El miedo al vacío, no el vacío mismo, es lo que genera que las personas realicen la mayoría de los actos de su vida. Tantas dispersiones, movimientos y empujes desafortunados hacia la generación de riqueza son producto del miedo a empobrecerse, no de la pobreza en sí. La aceptación de relaciones dañinas, de acuerdos inconvenientes y de matrimonios forzados no son productos del desamor como tal sino del miedo a no ser amado. El énfasis en la cualificación académica, la necesidad de obtener reconocimientos y de obtener admiración de los pares no es producto de la ignorancia sino del miedo a ser visto como un ignorante. La fortaleza que se intenta transmitir, la frialdad con que se trata a las personas o la mirada seria que se vuelve impersonal no es producto directo de la nula afectividad sino del miedo a ser observado como débil, ser rechazado o humillado. La devoción, las horas de oración distraída y el fanatismo visceral no son producto de la fe sino del miedo a no creer, a no ser incluido en el grupo de los acertados miembros festivos del grupo de las esperanzas trascendentes.

La mayoría de las cosas que conocemos o decimos conocer no nos son realmente conocidas en todas sus facetas y lo mismo puede decirse sobre el vacío. Sabemos que está, lo podemos experimentar, pero no siempre hacemos una vivencia posibilitadora a partir del vacío. Y si la hemos hecho, incluso así, siempre tendremos la oportunidad de vivirla de otro modo. No obstante, es primordial conocer las actitudes de animadversión hacia el vacío que, por la intervención de diversos agentes de moralización, hemos aprendido. Enseguida se abordarán cada una de ellas.

1. Las posturas que niegan el vacío y proponen sentidos insuficientes

Sin importar la cultura en la que se encuentren, las personas que están interesadas en negar el vacío, o llenarlo de la forma más rápida posible, se han acostumbrado a hacerlo

más grande (o profundo) sin darse cuenta, debido a que proponen sentidos falsos, tales como el legalismo, el tradicionalismo y el moralismo.

a) El legalismo

La primera de las enemistades del vacío es el legalismo, el cual está fuertemente vinculado a la creencia de que la vida humana debe ser regida por estatutos escritos, articulados y delimitados rigurosa y sistemáticamente, con el mejor orden posible. Se pierde de vista en estos casos que tales legalismos han sido realizados por otros hombres y que está fuera de lugar la intención de encontrar en la regla escrita un criterio supremo que salve de la relatividad subjetiva. La elaboración de posturas supuestamente objetivas se genera en función de la misma intervención humana que busca ser menospreciada. Los criterios individuales, consensuados o no, que han terminado por ser leyes, no suponen una aportación suficiente para el aseguramiento de la justicia, la verdad o la razón. Las reglas están escritas a partir de contextos particulares que no son siempre replicados debido a que las circunstancias en las que cada uno se encuentra pueden variar de acuerdo a parámetros no controlables por ningún ser humano. Bajo esa óptica, el legalismo, o el seguimiento absolutista de la ley escrita, no permite erradicar el vacío sino que lo promueve. Si bien hemos dicho que el vacío puede ser una oportunidad de crecimiento y desarrollo, esto no es posible cuando el vacío mismo se ha establecido a partir de la intención de negarlo o superarlo legalistamente.

De todos es sabido que las leyes tienen una mayor o menor eficiencia de acuerdo a su seguimiento. Que las leyes se obedezcan, se cumplan o se castiguen, depende, la mayoría de las veces, del poder de quien exige su cumplimiento, del criterio de quien tiene la competencia para que pueda ser ejercida o, en su caso, de un establecido sistema de gobierno que, a la vez, requiere de un sinnúmero de circunstancias para elegir un funcionamiento legalista que se aplique tenazmente. Ningún código de reglamentaciones nos ha enseñado a vivir con absoluta plenitud ni nos asegura una

respuesta clara en las vicisitudes que la vida presente. Sin importar si se trata del código de Hammurabi, el derecho romano, el decálogo de Moisés, los mandamientos de la Torá o las constituciones contemporáneas de los distintos países, las leyes escritas (generales y pre-establecidas) no nos ofrecen una consigna específica para todos los pormenores de la propia existencia. Siempre habrá un momento, situación, vivencia o delimitación que escape de los controles de cualquier código o conjunto de normas. En ese sentido, la confianza ciega, la nebulosidad de la conciencia y el seguimiento aferrado de lo escrito no garantiza una vida plena o satisfecha.

El vacío que intenta negarse debido a la incertidumbre derivada de saberse sin una regla universal ha empujado a la creencia de que un recetario moral podrá establecer lo que deben hacer todos los individuos. Si bien puede aceptarse que tales reglamentaciones son necesarias para intentar convivir con otros de maneras menos problemáticas, no es posible asegurar que implican la directriz completa de la vida personal. El vacío que buscaba enfrentarse al confiar en tales códigos termina haciéndose mayor, pues toda persona con cierta independencia de juicio podrá concluir, tarde o temprano, que las reglas son usualmente impersonales, añejas, descontextualizadas e incompletas. Es probable que por tales motivos, Napoleón Bonaparte, emperador de Francia, haya afirmado que eran tantas y tan variadas las leyes que nadie podía estar seguro de no terminar ahorcado. Del mismo modo, pensó que interpretar la ley es corromperla; por ello, son dos las opciones posibles: o toda ley es interpretable, y corrupta en ese caso, o es intransigente en cuanto que está excluida su adecuación. Más enfático fue Oliver Goldsmith, escritor anglo-irlandés, al denunciar que las leyes atrofian al hombre y que los ricos son los que controlan la ley para atrofiar al resto. Sarcásticamente, haciendo alusión a la poca equidad de lo legal, Anatole France, novelista francés, aseguró que las leyes, en su magnífica ecuanimidad, prohíben, tanto al rico como al pobre, dormir bajo los puentes, mendigar por las calles y robar pan.

Como puede observarse, intentar llenar el vacío a partir de una actitud legalista acerca al individuo que sostiene tal pretensión hacia un abismo mayormente feroz: la conciencia del vacío de las mismas reglamentaciones.

b) El tradicionalismo

Otra de las enemistades del vacío es la actitud centrada en el tradicionalismo, el cual se caracteriza por una agudeza focalizada en las costumbres y modos convencionales de dirigir la conducta. No necesariamente escritas, ni consensuadas, las tradiciones han sido mantenidas en función al gregarismo y a la necesidad de pertenencia que todos los individuos, en mayor o menor medida, poseemos.

Joseph Joubert, crítico francés, consideró que las mejores leyes nacen de las costumbres; en ese tenor, las tradiciones tienen un mayor carácter impositivo que las mismas leyes debido a que su desprecio es socialmente imputable. Aun así, podemos asegurar junto a John Vanbrugh, dramaturgo británico, que las costumbres son las leyes de los tontos. Las costumbres que forjan tradiciones están enraizadas en la incapacidad o el desinterés de un grupo de individuos que no están dispuestos a pensar diferente, modificar lo sabido por lo incierto, o considerar una alternativa distinta a la usualmente establecida. Recuerdo que cuando era niño estaba en un colegio en el que se enaltecía y se proclamaba superior a aquel niño que lograra un mejor promedio, el ganador era reverenciado en el cuadro de honor. Varias veces intenté tal mérito, seguramente porque era una tradición; en el momento en que lo logré caí en la cuenta de que no podría tener mayor honor por haber obtenido un premio, además de que el supuesto *cuadro* honorífico no era más que un círculo en forma de nube con mi foto que, además, no era una que me gustaba demasiado.

La tradición de buscar el honor es absurda porque el honor mismo se contiene de por sí, no es algo que se debe lograr o que esté afuera a partir de los reconocimientos. Las costumbres que se vuelven tradiciones, o que se convierten en leyes implícitas,

son perjudiciales en medida que intentan ocultar el vacío. Despojadas de su halo de pureza, las tradiciones no son más que costumbres que se han perpetuado por la incapacidad de criticarlas o el desinterés de proponer un modo alternativo de pensar sobre ellas. Llegar al punto en que se duda de ciertas tradiciones es una meta sana. Oscar Wilde, novelista irlandés, afirmó sobre sí mismo que no podía creer en nada aunque eso fuera increíble; también dudaba de sí mismo cuando la mayoría del público lo aprobaba. Las tradiciones no se creen, se eligen. Y sólo pueden elegirse si se les cuestiona o si la persona concluye que es oportuno adaptarse a ellas, pero nunca por un valor implícitamente absoluto. Si el valor de las tradiciones fuese absoluto, no serían típicamente regionales.

Lo mismo puede decirse de las elecciones profesionales impulsadas por el seguimiento de una tradición familiar, la elección del número de hijos en función de una costumbre de grupo o las modalidades de intervención comunitaria de acuerdo a lo establecido. Si bien es cierto que algunas tradiciones tienen un sentido, a cada una de ellas se les debiera dar solamente un valor relativo. En uno de los grupos deportivos de los que solía formar parte en la infancia, se le daba una bienvenida desagradable a los llamados novatos; la cuestión era inoportuna tanto para los receptores como para los emisores y nos enemistaba por un buen tiempo. Cortar el pelo a los miembros de un equipo de Soccer sólo porque era una tradición nos resultó absurdo al considerar que era una regla que intentaba imponer un entrenador cuya experiencia había sido marcada por situaciones similares cuando era adolescente.

Existen variados ejemplos sobre la imposición de reglas que terminan por volverse tradiciones, sobre todo cuando la implementación supera la frontera de un pequeño grupo. Basta con considerar la llamada tradición de “pies vendados” en la que las mujeres chinas, entre el Siglo XI y el XIX, eran cubiertas en sus pies con compresas apretadas que impedían su normal desarrollo con la intención de deformarles por motivos estéticos. También puede parecer absurda la tradición de las mujeres Kayan, pertenecientes a la tribu Karen, situada cerca de Birmania, las cuales utilizan anillos dorados alrededor del cuello con la intención de alargarlo. Evidentemente, ninguna

mujer haría algo así si no estuviese convencida de que eso es deseable; la idea misma que provoca tal deseo es, en todos los casos, absorbida, inculcada o delineada por la cultura de la que se trate. Es por ello que las tradiciones resultan inadmisibles en un contexto ajeno al que emergieron o son inoperantes cuando la persona del mismo contexto cambia su perspectiva. La suposición de que las tradiciones superan el vacío implica que la visión del individuo haya sido sometida por su propia idiosincrasia, lo cual no es propiamente algo liberador.

Es poco probable que entendamos cabalmente lo que llevaba a los miembros de las culturas prehispánicas a ofrecer sacrificios humanos como un regalo para los dioses y que, incluso, se haya considerado que tales deidades las recibieran solícitamente. No es justo realizar un juicio descalificador ante ese tipo de rituales, pero sí es oportuno considerar un criterio analítico ante las prácticas actuales que suelen asumirse como normales y deseables. Recuerdo que en un debate, un compañero profesor, creyente católico hasta el punto de la más clara evidencia, aseguraba que esas tribus habían sido beneficiadas por la llegada del cristianismo y que a partir de ahí habían podido erradicar las prácticas terribles de ofrecer vidas humanas en nombre de un Dios que con beneplácito recibía la sangre ofrecida. Le recordé al referido académico que, curiosamente, el catolicismo no maneja un enfoque distinto cuando se admite que Jesús ofreció su vida para el perdón de los pecados, lo cual, según se cuenta, no fue evitado por Dios sino que fue aceptado como una de las más grandes muestras de amor puesto que, se narra, entregó hasta la última gota de su sangre en el nombre del Padre en cuyas manos entregó el espíritu. Visto así, podríamos construir justificaciones para tal o cual pasaje, pero se advierte que está implícita una tradición que, sin los ojos del afecto o la costumbre, puede ser cuestionada. Al menos, los aztecas eran menos pretenciosos con sus ofrendas, pues más que salvar al mundo y al resto de los vivientes y a los aún no nacidos, lo que querían era que un día nuevo amaneciera.

Las tradiciones son una enemistad del vacío cuando buscan ocultarlo a través de una justificación de la conducta fundada en la reiterada ejecución de un estilo, modo o convención. Creer que algo es justo, adecuado o bueno, por el motivo único

de que ha sido hecho durante días, semanas, meses, años, lustros o siglos, es el equívoco de una tradición. La tradición puede ser traición a la creatividad y negación de la novedad; ambas cosas son contrarias a la vivencia del vacío fecundo, ése que empuja a posicionarse frente a las tradiciones y, tras sonreírles plácidamente, depositarlas en el olvido.

c) El moralismo

Otra modalidad contraria a la vivencia sana del vacío es el moralismo, el cual está delimitado por una constante actitud que enfatiza la distinción de lo bueno y lo malo en la conducta, las cosas y las personas; a la vez, adjudica una sustancialidad moral en la realidad implícita de los objetos y sujetos, independientemente a la interpretación de los individuos. Evidentemente, el moralismo conduce a que un individuo sostenga la suposición de que su opinión es la verdadera y que aquéllos que le contradigan están, sin saberlo, equivocados. Evidencias de actitudes moralistas son las descalificaciones inmediatas que algunas personas realizan a lo que no conocen o no han comprendido suficientemente; temer a lo diferente, cerrarse al diálogo con aquel a quien juzgan que ha realizado un acto imperdonable, condenar sin precaución a todos los semejantes y señalar al culpable sin miramientos son claras consecuencias de la actitud moralista.

Llegado a este punto, conviene preguntar: ¿qué es lo que empuja a la persona moralista a buscar siempre un calificativo de las cosas? ¿No es acaso su necesidad de controlar? Cuando algo es calificado como bueno o malo se obtiene cierto control al saberlo; si el acto está dotado de bondad debe favorecerse, si la bondad es ausente y ha dado paso a la maldad debe castigarse. La lógica extremista, tan dicotómica en esta postura, no permite mediaciones ni controversias, lo dictado está definido desde antes de que suceda. Quizá el lector esté de acuerdo en que estamos habitando una sociedad en la que las distinciones morales nos dividen más de lo que nos unen. El vacío no es permitido al tratar de tener todo bajo control a partir de las categorías moralizantes. ¿Cuál es el vacío al que se le teme en este caso? A la incertidumbre. Por ende, si un

individuo controlador está leyendo estas líneas, probablemente le parezca inadmisibles la advertencia de que lo bueno y lo malo no tienen una sustanciación o que no existen esencialmente en las cosas. Suponer que se tiene el mando de la moralidad es una trivialidad infantil.

Georg Lichtenberg, científico alemán, aseguraba que ciertos hombres de mal corazón creen reconciliarse con el cielo cuando dan una limosna. Mucho se ha dicho que uno mismo debe ofrecerse como acto de bondad y que no ha de intentar centrarse en sí sino en los demás, pero tal como afirmó Camus: darse no tiene sentido más que si uno mismo se posee. Victor Hugo, escritor francés, decía, por el contrario, que es fácil ser bueno y que lo difícil es ser justo; hizo notar que los parámetros de lo bondadoso están tan prefabricados que cuando se debe elegir entre la justicia y su ausencia, cuestión que precisa una decisión concisa, la cuestión se complejiza. Tal como aseveró Cicerón, los hombres pueden hacer bueno lo que es malo y malo lo que es bueno. Precisamente, el moralismo surge ante la infalibilidad de la supuesta definición categórica de lo bueno y lo malo, como una necesidad de forzar a una establecida línea de conducta que asegure, además, una severa coerción para quien no la respete. El vacío está implícito pero se le busca negar; la enemistad del moralismo no hace más que ahondar el vacío que, propiamente dicho, nos inunda aún más por no aceptarlo.

Los parámetros de la bondad están tan saturados de supuestos que para Mark Twain, escritor estadounidense, la bondad supone aburrimiento. No se es bondadoso por dar cosas, pues quien regala lo que tiene sólo pierde un poco de posesión material; ofrecer *lo que se es* puede implicar mayor sentido si se logra percibir que antes de ofrecerse la exigencia es tenerse un poco. Así como todo acto de bondad es una demostración de poderío, según Miguel de Unamuno, filósofo español, la elección de la propia significación de la bondad es indicador de un empoderamiento superior.

Ahora bien, en lo que respecta a la maldad, conviene aludir también algunas cosas. Cuando se señala a otro como alguien malvado se está perdiendo la

consideración de que sus actos tienen una explicación. Evidentemente, la posible comprensión del acto ajeno no justifica lo sucedido; sin embargo, aún en el caso de una intención de daño, no se es menos o más humano a partir de lo acontecido. El mal, decía Confucio, no está en cometer faltas sino en no tratar de enmendarlas. Cometer errores o realizar actos en los que buscamos un mal para otro es una situación que nos humaniza también. Caer y errar abre la puerta de la enmendadura.

Uno de los pasajes más comunes del Génesis, en la Biblia, refiere el mandato que Dios realizó a Eva y Adán: evitar comer del árbol del bien y del mal. De todos es sabido que la prohibición estaba acompañada de la restricción al conocimiento de las cosas y a la posibilidad de ser como dioses. La icónica serpiente que *tienta* a Eva para que coma el fruto de ese árbol, la ya afamada manzana, no busca más que humanizar a los que, de acuerdo a este cuento didáctico, son nuestros primeros padres. Es oportuno señalar que la invitación a comer el fruto (con la rebeldía implícita) está preñada de la intención de conocer el bien y el mal, de poder reconocer las cosas con un matiz de mayor claridad. Notoriamente estamos hablando del criterio. Pareciese que la prohibición de la caricaturesca figura de Dios en este pasaje es formarse un criterio propio. ¿Qué sentido tiene una obediencia que se sustenta en no hacer lo que se prohíbe? ¿No sería superior una obediencia consistente en aprovechar lo que se tiene, en conseguir algo mejor y en generar lo que sea posible para asemejarse más a Dios? Si Dios nos hubiese creado a su imagen y semejanza, no habría inconveniente en que se pudiese ser como Él a partir del consumo del fruto prohibido.

De cualquier manera, lo cual es claramente evidente, el *inspirado* escritor del primer libro del Antiguo Testamento poseía en su estándar cierto moralismo que no le permitió conceder espacio consciente al vacío que le motivaba. Al volver a Dios un moralista, que incluso castiga a sus hijos y a *toda* su descendencia a partir de la conducta de los llamados primeros padres, no se permite mostrar una naturaleza de no dualidad moral en la que podría forjarse, de manera más certera y ecuánime, una idea de Dios. Si la Deidad misma, según este pasaje, condiciona el amor a los que (se dice) son sus hijos ¿qué podríamos esperar, entonces, de las generaciones procedentes? Si

realmente *descendiéramos* de un Dios todo Bondad, no podrían ser tan elocuentes las palabras de Pablo cuando afirma que veía el bien y no lo hacía, pero hacía el mal que no quería.

El moralismo está, como puede concluirse, profundamente anclado en la percepción que se tiene de lo que nos rodea. Es tremendamente difícil escapar de los calificativos morales, nuestra historia ha estado conducida por criterios de dualidad. Naturalmente, no espero con todo esto que se me atribuya la frase de Jacinto Benavente, quien señaló que lo peor que hacen los malos es obligarnos a dudar de los buenos. Mi postura es que la distinción esencial entre la maldad y la bondad no está sujeta a la apariencia. Es cierto que pueden distinguirse los actos que generan un mayor daño que beneficio (según la idea que se tenga de beneficio) pero esto no supondrá que el acto juzgado tenga un calificativo sustancialmente moral; a la vez, el vacío desprendido por la frágil definición de lo bueno y de lo malo no debe ser esfumado con la pretensión de saberse poseedor del elixir que distingue la bondad y la maldad. Aquel que juzgue a Eva y a Adán por comer del fruto que les permitía distinguir entre el bien y el mal será, precisamente, quien lo ha comido antes y en función de eso tiene la osadía de juzgar; o, bien, será aquel que sin comerlo se atribuye ingenuamente el beneficio de sus nutrientes.

No quiero terminar este ejemplo sin referir lo absurdo que me resulta la exclusión del paraíso de los únicos dos individuos que ya conocían la diferencia del bien y del mal. ¿Acaso no les hacía eso mismo parecerse a su Padre? Si ya habían comido el fruto prohibido, era de esperar que tuviesen el conocimiento necesario para colaborar con los planes de Dios; a menos, claro, que la idea de Dios de quien relata el pasaje, no concibiera opositores del pretendido control moral que se buscó con la narración.

En la actualidad se sigue expulsando de los grupos, familias e instituciones (¡o países!) a aquellos que tienen la osadía de intentar saber más para luego denunciar. De tal modo, una regla que se vuelve costumbre puede convertirse en tradición, de ahí se

deriva una moralidad y ésta deviene en posible fanatismo si es que no se realiza una oportuna apología del vacío en ninguna de las fases del proceso. Según Ludwig Feuerbach, filósofo alemán, la moral que no tiene por objeto la felicidad se convierte en una palabra hueca de sentido. Paradójicamente, la actitud moralista se adopta para tratar de eludir el vacío que, contrariamente, se hace mayor con ello.

2. Posturas que niegan el vacío y no lo asumen

Otra de las posturas que producen enemistad con el vacío es la de negarlo y, por ende, no asumirlo. Uno de los motivos que invitan a la negación de la experiencia del vacío es el miedo. Se accede al vacío a través del silencio; pero para el que tiene miedo todo son ruidos, según lo sentenció Sófocles, dramaturgo griego. El ruido del que tiene miedo imposibilita su contacto con la experiencia de la vacuidad. En la manía de llenar el vacío, se desprende la postura de negarlo a partir de optimismos absolutistas, voluntarismos recalcitrantes y otorgamientos de culpas.

A continuación, se referirán en forma desglosada los atributos de cada una de las posturas referidas.

a) Optimismo absolutista

La tristeza es un don del cielo, el pesimismo es una enfermedad del espíritu, decía Amado Nervo. En esa óptica, la tristeza derivada de una experiencia de vacuidad es una oportunidad para la reconstrucción, para la inspiración, la resignificación, la consideración de posibilidades y, en suma, la creatividad. La diferencia entre la tristeza y el pesimismo consiste en que la tristeza no es una condición permanente ni una actitud ante la vida, como si lo es el pesimismo. De tal forma, sin la necesidad de una postura tan extrema como la de observarlo todo sin ningún sentido posible, la tristeza

aporta elementos sofisticados que invitan a la reflexión, la reconsideración y la profundización; tales elementos no son usuales desde el optimismo.

Negar el vacío para ver todo desde un perfil rosado, en el que todo está bien y cada cosa tiene una solución sin esfuerzo, no constituye una actitud valiente y osada sino un infantilismo inadecuado. Aquellos que adhieren a su optimismo cotidiano una presencia divina que les alienta a mantenerse en la sonrisa perpetua de su encanto sublime están aún más lejanos de la vivencia profunda de un vacío revitalizador. No se trata con esto de promover la depresión o la negligencia ante la vida, el anhelo de la muerte o el interés por el suicidio; lo que se afirma es que sólo puede advenir una respuesta a través del vacío si se permite la dolencia natural que está implícita en la existencia. En los procesos de duelo, por ejemplo, es oportuna e imprescindible la vivencia sufriente para poder trasladarse a la etapa de la significación alentadora. Toda construcción requiere de la destrucción de lo que se había asentado en el espacio donde se desea construir.

Pueden ser variados los ejemplos en los que el optimismo no le permite a un individuo observar con claridad lo que le acontece. Recuerdo a un compañero de trabajo (a quien llamaremos Mateo) que estaba próximo a ser padre por séptima vez; solía decir que la vida no debía ser sometida a los controles de natalidad y que él podría hacer frente a las adversidades derivadas de multiplicar su ser, según decía. Estaba por aceptar su tercer trabajo y eran pocas las horas que podía dedicar a la atención de su esposa e hijos, se mantenía constantemente ocupado en la lucha por la obtención del sustento material. A través del diálogo, juntos descombramos su historia familiar, la cual estaba caracterizada por la costumbre de procrear numerosos miembros; sus seis hermanos habían mantenido la tradición a través de varios retoños y eso le *obligaba* a repetir el patrón de paternidad múltiple. Mateo suponía que el optimismo era la llave para abrir soluciones, pero no confrontó su necesidad de seguir teniendo hijos. El vacío que la vida le ofrecía para revisar tal costumbre era sometido por la avalancha positiva que él ofrecía a quien intentara sugerirle una recomendación contraria. Así, creemos que podremos con cualquier cosa y no nos detenemos a medir las propias fuerzas.

Es diferente guardar ciertas esperanzas sobre lo prometedor de un futuro que ser empujado por un optimismo desmedido y descontextualizado. En mi labor de director de tesis solicito a los estudiantes que realicen un cronograma realista en el que hagan notar el tiempo que tardarán en cada actividad de sus trabajos de investigación, anotando la fecha en que consideran se podrá proceder con su defensa de tesis. La gran mayoría de ellos suelen realizar planeaciones fuera de contexto, en las que proponen un día de terminación cuyo avance implícito no concuerda con sus herramientas, recursos, capacidad y tiempos. En ocasiones, el desfase de lo planeado es de varios meses o años. Naturalmente, una de las funciones que debo hacer como asesor es mostrar los vacíos con lo que se presentan ante una actividad de semejante envergadura. El reconocimiento de estos vacíos, sin la pretensión optimista de creerlos inexistentes, permite una planeación terrenal, clara y flexible, que lleva a buen término la empresa. Muchos otros tendrían que reconocer esos mismos vacíos desde antes de iniciar sus cursos para, una vez reconocidas sus áreas huecas, trabajar para adquirir las habilidades requeridas. Poco de esto sucedería si se mantiene el optimismo desmedido.

Tal como lo refiero sobre los proyectos de investigación, se tendría que hacer una revisión pausada sobre los vacíos o huecos que se tienen para los diversos proyectos de la vida. Por ejemplo, ¿cuántas personas no están *equipadas* para el matrimonio? ¿Cuántas no lo están para tal o cual profesión que eligieron? La misma vida exige la capacidad de hacer caso al vacío en lo que se refiere a las habilidades, así como percatarse de los vacíos que se quieren ocultar con los optimismos absolutistas que, pese a que se consideran a prueba de todo, terminan siendo frágiles cuando la adversidad no cesa. Si los acontecimientos externos no nos despiertan y persiste la actitud combativa a pesar de que no hay posibilidades de victoria, lo que existe no es ya un optimismo sino un voluntarismo.

b) El voluntarismo

La voluntad es una facultad apetitiva que permite al individuo realizar lo necesario para lograr un fin que reconoce deseable. De tal modo, la voluntad tiene su origen en el deseo hacia algo concreto. Por ejemplo, se tiene la voluntad para realizar ejercicio cuando se desea una mejor calidad de vida a partir de la salud, un peso más proporcionado o generar cualidades atléticas. Igualmente, se tiene voluntad cuando se estudia para obtener conocimientos, dar respuesta a ciertas interrogantes personales o, en cierto modo, para obtener un título que otorgue, aunque cada vez menos, un consecuente reconocimiento social. De la misma manera, existe voluntad cuando se busca persuadir a una persona deseada para que pase un tiempo con nosotros, enamorarle, hacerle sentir bien o cumplir sus expectativas hasta cierto límite. También hay voluntad cuando se adquiere una disciplina que está orientada al desarrollo de alguna capacidad artística, tecnológica o manual, sin importar el costo razonable que esto atraiga. La voluntad, en estos casos y algunos más, es tan importante como el corcho en una botella de vino: debe moverse para que el vino salga del recipiente y debe estar ahí, inmóvil, si el vino debe guardarse. La voluntad permite el movimiento, al menos aquel que requiere de nuestro ejercicio consciente para existir.

Por otro lado, el voluntarismo es una actitud persistente debido a la cual no se reconoce una batalla pérdida y se aumentan los esfuerzos a pesar de que los resultados sean constantemente desagradables, disfuncionales o emergentemente dañinos. El voluntarista sigue utilizando el método que le ha sido claramente fallido, vuelve a efectuar la conducta que no le ha beneficiado o choca cada vez más fuerte contra los obstáculos que, impávidos, siguen ahí sin mutación. El voluntarismo es, entonces, una enemistad del vacío debido a que el individuo que lo porta no se detiene a considerar otras vías de acción. Las pérdidas se acumulan cuando la persona reitera sus errores y evade la quietud que funda la reconsideración.

Cualquier deportista lesionado sabe que requiere de reposo para recuperarse; la lesión será mayor si se exige voluntariosamente un esfuerzo desproporcionado. Si otro más se ha desvelado varias noches consecutivas, puede tener la voluntad de desvelarse nuevamente, pero cederá ante la obvia indicación del vacío de descanso. Si la voluntad

se transmuta a voluntarismo, la persona se exigirá no dormir hasta que las fuerzas disminuyan y las consecuencias sean mayores.

No debemos confundir el voluntarismo con la constancia o la perseverancia; en las dos últimas, el objetivo es loguable por los medios utilizados, no así con el voluntarismo que no reconoce lo inviable de la meta o del método utilizado para llegar a ella. Detrás de la supuesta valentía al mantenerse voluntarista, se esconde el miedo de reconocerse limitado. Ernest Legouvé, poeta francés, solía referir que la cobardía es el miedo consentido y que el valor es el miedo dominado. En ese tenor, es oportuno dominar el miedo a reconocer un método fallido más que cegarse y seguir chocando con el obstáculo que representa. ¿Qué pensaríamos de un futbolista que es voluntarioso en querer patear una roca en vez de un balón bajo la idea de que eso le permitirá patear el balón más fuerte? Obviamente resulta grotesco. Habría, evidentemente, mejores caminos para lograrlo. Es recomendable revisar si estamos pateando rocas creyendo que nos haremos delanteros capaces en la vida cotidiana. No hay valentía en proseguir en el error sino en la vivencia del vacío, la decepción, la sensación de fracaso o la desesperanza ante lo hecho; a partir de ahí, si la valentía se mantiene, se tendrán los recursos para crear alternativas nuevas. Es requerido conquistar el miedo a la debilidad, no dejarse vencer por las ansias de superioridad y supremacía. Según Nelson Mandela, líder sudafricano, no es valiente el que no tiene miedo, sino el que sabe conquistarlo.

c) El afán de culpar

En las ocasiones en que el optimismo ha desmejorado y termina siendo abatido, o el voluntarismo decae y acaba por ceder su trono a la desdicha; la actitud común de quien no se atrevió a vivenciar el vacío es culpar a algo exterior a sí.

La culpa puede ser lanzada sin tregua ni consideración. Aquel que no se hace cargo de sus propias cargas considera que la culpa puede ser depositada en cualquiera:

el sistema político del país en cuestión, los grupos sociales, las reglamentaciones inadecuadas, las personas que rodean, los compañeros laborales, el padre, la madre, el sindicato, los hijos, la religión, los líderes de la religión, Dios mismo o incluso su ausencia. Aparentemente, no hay cabida para el límite en cuanto a culpar nos referimos, todos pueden ser candidatos, incluso los muertos o los no nacidos. Si bien es cierto que los campos mórficos o el magnetismo de lo que nos rodea puede generar una influencia en nuestros actos, la culpa absoluta no está hacia afuera; tampoco está dentro.

Propiamente, nada ni nadie es culpable de lo que nos pasa, nada de entre todo lo que está ahí afuera. Ningún individuo es responsable *absoluto* de lo que le sucede sino que existen secuencias interconectadas a todo lo que acontece en el mundo y a los que viven en él. Siendo más claro, no es oportuno focalizar particularmente la culpa, sea hacia afuera o hacia uno mismo. A la vez, esto no significa que todos son culpables. Tal como advirtió Hannah Arendt, filósofa alemana, las confesiones de culpabilidad colectiva son la mejor salvaguarda posible contra el descubrimiento de los culpables. Visto así, si a todos se les considera culpables, nadie será responsable; asimismo, si todos fueran responsables de algo concreto nadie tendría responsabilidad directa o primaria sobre eso.

La actitud constante de culpar a otros es una enemistad con el vacío, no permite la vivencia del mismo y tampoco permite reconocer la vacuidad del afán de culpar. El individuo debe reconocer que en su interés de *aventar* el peso de la culpa existe, escondido o manifiesto, el deseo de culparse a sí mismo. Ahora bien, la solución también se nos esconde si nos regocijamos profundamente en el dolor de la culpa, tras evitar depositarla en otros. Asimismo, perderemos el rumbo si por miedo a sentir culpa la devolvemos nuevamente hacia el exterior. El punto clave es, en todo caso, reconocer el vacío que nos permite entender el orden de la causalidad, aquella en la cual no hay culpables sino individuos y situaciones que desempeñan un rol interdependiente en el que existen responsables directos e indirectos, así como implicados voluntarios e involuntarios.

Trataré de esclarecer este embrollo con un ejemplo que espero sea oportuno. Supongamos que un individuo, al que llamaremos Juan, ha depositado en su padre alcohólico, Martín, la culpa de su dependencia al vino. Es obvio decir que Martín tenía la responsabilidad de tratar de dar un testimonio de sobriedad a su hijo, sin embargo no es el culpable de que su hijo sea posteriormente un alcohólico. A la vez, Juan trató de culpar a su padre de su propio alcoholismo, pero sería injusto adjudicarle absolutamente la responsabilidad. A la vez, él no eligió tener un padre así. Existe una diferencia entre ser culpable y responsable. En el caso expuesto, Martín es responsable directo de *su* alcoholismo y responsable indirecto de favorecer una serie de condiciones en el sistema familiar que propiciaban cierta tendencia al alcoholismo. Por su parte, Juan es responsable directo de *su* alcoholismo e implicado involuntario del alcoholismo de su padre. Asimismo, Lupe, la madre de Juan y esposa de Martín, es responsable indirecta del alcoholismo de su marido, pero no culpable; además, es implicada voluntaria en el alcoholismo de ambos. El dueño de la cantina en la que Martín se alcoholiza (y Juan también si es que dicho lugar ofrece un buen servicio) es un implicado voluntario también. Del mismo modo, los hijos posibles de Juan serían implicados involuntarios de la adicción de su padre. Sucesivamente, con base en esta lógica, podremos encontrar que las responsabilidades e implicaciones pueden estar interconectadas, pero no así el asunto de la culpa, la cual tiene un matiz de implicación moral. Si entendemos correctamente el problema de las adicciones, podremos comprender que no están sometidas únicamente al ámbito familiar sino que son producto de lazos establecidos en el plano cultural, económico, político, mediático y hasta generacional.

Todo aquel que no ha podido asistir a una reunión o que asiste cotidianamente a ellas, reconocerá certeza en el proverbio francés que advierte que no hay ausente sin culpa ni presente sin disculpa. Sin embargo, trascendiendo las pláticas de café, las difamaciones hostiles, o las charlas superficiales, ha de aceptarse que el individuo que tiene la capacidad de ejercer su criterio ante lo que ha realizado es el primero que debe optar por tal derecho. Por tanto, asumir la porción de responsabilidad concerniente,

más que culpar o culparse, es el punto de partida para una profunda vivencia de vacío que orientará al nacimiento de actos que, si bien no pueden modificar lo sucedido, sí ofrecerán una deseable alternativa para resarcir los daños, enmendar la falta o mejorar las nuevas condiciones.

3. Posturas que asumen el vacío pero pierden todo interés

No todas las posturas que son enemistades del vacío se caracterizan por su negación; también es posible asumirlo y que de ello se derive un interés por el resto de las cosas de la vida. Reconocer el vacío puede orientar a la destrucción o la construcción, en dependencia clara de la actitud que acompañe a tal reconocimiento. Toca ahora mostrar las distintas modalidades en las que el reconocimiento del vacío deviene en imposibilidad de crecimiento o, al menos, en la obstaculización de un porvenir con cierta dicha.

a) Destructividad

La postura nihilista ha sido una vertiente de interesantes pensamientos en el ámbito de la filosofía. Se ha reconocido el valor de la desesperanza y de la abolición de los criterios universalistas, lo cual yo mismo propongo. Sin embargo, ahí donde la vacuidad reina, es posible el nacimiento de alguna motivación sostenedora. Si, por el contrario, el vacío es asumido con el único interés de justificar la apatía, la desazón, la fatiga o la ausencia de compromiso, se diluirán en sí mismas las alternativas que ofrece. La apatía que se desprende del regocijo en el dolor, las idolatrías al sufrimiento o, incluso, las dependencias del mismo, no encontrarán en el vacío un camino de sobrevivencia sino un argumento justificador de la propia desestima hacia la existencia. Aun en estos casos, la apología del vacío puede mantenerse si se considera que no es el vacío lo que origina el abatimiento del individuo, sino que ha sido este

mismo quien encontró en el vacío un argumento tranquilizador para su desasosiego personal.

Pensemos en alguien que camina por un verde bosque y no es capaz de observar todo el esplendor que le rodea debido a que, en su interés más profundo, anhela despreciar el espectáculo natural que se le ofrece. Al caminar se resbala en un terreno cada vez más lodoso, lo cual podría ser evidencia de que seguir adentrándose en el bosque constituiría un peligro para él. Sordo a la advertencia silenciosa, el individuo se arriesga a caminar en el espacio impropio, lleno de malezas y leves precipicios; luego, sin percatarse, pisa un charco que le hace perder el equilibrio y se lastima la cabeza al caer. El individuo podrá lamentarse y tener ahora un buen pretexto para maldecir al bosque, aun cuando, profundamente, sabe que su apreciación está condicionada por su malestar emocional. Del mismo modo acontece con quienes encuentran en el vacío un pretexto ideal para la justificación de su amargura. Se debe reconocer que argumentar desde el vacío, y a partir de él, requiere de un esfuerzo y brillantez que no todas las personas son capaces de ofrecer; sin embargo, aún en el más desesperanzado de los lamentos existe una tenue voz de súplica por la posibilidad contraria. Quien ha caído en el bosque, en la figuración previamente relatada, puede elegir salir o mantenerse en él a pesar de que no encuentre más que maldiciones para su naturaleza.

Existe una respuesta cuando se silencian las preguntas. Incluso cuando la más temible oscuridad se hace presente es posible que una luz fugaz, breve y leve, constituya un motivo para proseguir. No estoy tratando de ser optimista, lo que apunto es que cuando en el vacío se encuentra la justificación para el destierro del mundo, aún en lo espeso de tal condición y desventura, existe muy cercano algún elemento que permita el despegue de otras coyunturas.

Aclaro, no se trata de reconocer al vacío para adorarlo después por verle como el camino a la revelación. No es así del todo, cuando se ama al vacío se está propiciando un apego; el vacío no es una Deidad hacia la cual dirigir nuestros lamentos o copiosas

lágrimas, es el espacio fútil del cual puede desprenderse una posibilidad, al menos en los casos en los que la persistencia es mayor que la ceguera. Debe existir un momento de rendición, un abatimiento ajeno a la gloriosa redención implícita y continua. De manera muy similar a la meditación, que no se vuelve contemplativa si existe el afán desproporcionado de lograrlo, no se alcanza la iluminación, según se dice, cuando se hacen las cosas con esa única intención, centrada en la vanidad o el ego. El vacío no es el timón que se nos ofrece por confiar en él, pues no exige fe ni certezas, sino todo lo contrario.

El vacío no es fructífero cuando se le toma como un camino condicionado para el crecimiento vanidoso, ni en los casos en que es un pretexto para evitar y justificar la falta de interés en todo lo existente. Por el contrario, cuando el vacío es vivido sin pretensiones, en el reconocimiento más honesto de la propia vacuidad, del propio sinsentido, de la innegable nada que nos posee, entonces *ahí* surge una identidad nebulosa pero presente, brota un motivo, emerge un ser.

De manera similar al actor que en el momento en que actúa es la identidad actuada, aquel que busca en el vacío debe constituirse como alguien indefenso, lo cual no es ficción en el instante en que se vive; sólo así, en la vivencia del vacío, es posible encontrar lo que de tal brota.

b) Derrotismo

Jorge Luis Borges, excelso escritor argentino, reconocía que había enemigos de sus opiniones, pero que él mismo, si esperaba un rato, podía estar enemistado con las mismas. Esta actitud de apertura y reconocimiento del valor implícito de la diferencia no se sostiene en aquellos que encuentran en la enemistad un motivo para derrotarse. La opinión ajena, la crítica, la desventura, el tormento de la cotidianidad y la rutina, las decepciones amorosas, las angustias tempestuosas de los afectos, las preocupaciones, dependencias, sinsabores, desagradados y conflictos, son todos motivos

para una sensación de abatimiento comprensible. Sin embargo, cuando cada una de estas cuestiones (sumadas a otras situaciones desagradables) resulta ordinaria en la vida, sin apelar algo ni ejercer un acto de disputa interna, emerge el derrotismo. Contrario a la sabia renuncia, el derrotismo acontece aun antes de la contienda; el derrotista pierde sin luchar, se sabe vencido sin tomar la espada, se asume muerto en vida.

El derrotismo está en constante romance con la infelicidad. La persona se sabe insatisfecha, deshecha, agonizante. Existe en ella un grito silencioso que le destruye y le carcome, un dolor que simula un gotero del que cae un ácido que deshace las entrañas. Sin embargo, Carl Jung, psicólogo suizo, consideraba que sólo es infeliz quien se cree demasiado importante. Aludiendo a esa reflexión, es momento de admitir que la persona que se siente infeliz está decepcionada debido a la antecedente ingenuidad de creer que ha venido a este mundo a ser feliz o que tal felicidad es alcanzada a través de una existencia sin problemas. Su desilusión es posible en la misma proporción que su expectativa se mantiene. Por tanto, la persona que se sabe derrotada no se está dando cuenta de que sabe, en el fondo, que hay una lucha que le aguarda. El derrotado sufre al posponer su lucha y eso constituye su carga; se olvida de sus propias fuerzas porque no cree en ellas, pero al mismo tiempo está decepcionado de sí.

Una persona derrotista, que incluso *goza* con saberse vencida, constantemente desea el suicidio. Wolfgang von Goethe, novelista alemán, señaló que es más fácil morir que soportar sin tregua una vida llena de amarguras. El reto de la existencia está siempre ahí, azotando nuestra puerta con efusividad. Visto de ese modo, quien se suicida no es porque ha dejado de creer, sino que cree en la capacidad de juzgarse a sí mismo mientras se admite como el baluarte que determinará su propio futuro hacia el no-ser.

Con todo esto, no estoy proponiendo un optimismo voraz, pues he admitido que de tal actitud tampoco se deriva una vivencia profunda del vacío. Los completamente felices no han conocido profundamente el sentido de la vida.

El derrotismo, como actitud, es una enemistad con el vacío a pesar de contactarlo. El vacío es benéfico si en ocasiones se le despide y en otras se le permite una visita esporádica; por ello, no se trata de regocijarse en el vacío ni de lanzar improperios contra los que no lo viven, ven, sienten o comparten. En el punto íntimo, el vacío es como una amante de la cual hay que despedirse por un tiempo, aun sabiendo que se le volverá a ver. No obstante a que las sábanas de nuestro interior estén listas y cálidas para una nueva bienvenida del vacío, será oportuno aceptar que la pretensión de alojar perpetuamente a tan asexuado invitado terminará por quitarnos la vida tras asfixiarnos en sus brazos. El lazo con el vacío es benéfico cuando es elástico, es decir, si su presencia no es cotidiana en nuestro aposento, a pesar de encontrar en él un impulso hacia la más genuina vitalidad.

c) Aislamiento total

Cualquier individuo que permanece apaciblemente en el mar cuando la marea está por subir, arriesga innecesariamente su condición. Incluso el que come los mejores manjares puede indigestarse si lo hace a cada hora del día; del mismo modo, aquel que bebe el mejor y máspreciado de los vinos, dando sorbos constantes a su copa, terminará por perjudicarse. Besar todo el tiempo los cálidos labios de la persona amada terminaría siendo una experiencia desagradable una vez que la carnosidad comenzará a desistir. Si alguno de nosotros voltea hacia las alturas para admirar las estrellas todo el tiempo, verá dañada su vista con la llegada del sol o su cuello reclamará prontamente por tal imprudencia. Asimismo, el vacío, cuando se añeja en el interior del individuo, puede producir la incubación de un virus letal. Entre los síntomas de tal infección está el aislamiento social.

Durante muchos años de mi vida consideré interesante lograr vivir solitariamente en la punta de una montaña, sin tener que establecer contacto con nadie y dedicarme únicamente a leer, meditar o escribir. Suponía que eso sería una especie de separación necesaria de un mundo que me parecía desconectado, lejano,

ínfimo, menor. Poco a poco pude comprender que en mi necesidad de aislarme estaba implícita una especie de reclamo a los demás, a los que consideré más cercanos, y a mí mismo. El aislamiento, sobre todo cuando es voluntario, esconde un vacío que no se ha logrado experimentar adecuadamente. Entre los motivos de tan solitaria aspiración estaba el interés de no ser decepcionado por alguien, de escapar a la posibilidad de frustrarme en mi relación con otras personas.

Evidentemente, uno de los modos más elocuentes de evitar la fricción, o el conflicto, es el aislamiento. Uno cree que la tristeza se esparcirá entre los árboles de la lejanía indómita, pero la nostalgia habita el espíritu de quien eso desea; sin importar el lugar donde se busque protección de todo lo externo, la nostalgia estará presente. Asumí que la melancolía era una compañera recurrente y pude optar por entender que un doloroso pasado no siempre debe repetirse en el futuro, que existen posibilidades siempre diversas. No soy un tipo que guste de la sociabilidad continua, comprendí que los silencios y ciertas distancias me son necesarias, pero reconciliarme con el propio vacío alejó de mí la necesidad de escapar. No he bajado todas las guardias, ni puedo decir que no poseo alguna que otra guarida secreta o una cueva desolada para depositarme en los peores momentos, pero al menos, eso sí, me asumo como parte de un todo, no como un todo que debe alejarse de las partes.

Es posible que Cioran haya vivido una experiencia similar cuando enunció que todo el mundo le exasperaba; pero también afirmó que le gustaba reír y que no podía reír solo. Si no hubiese más individuos en el mundo, pocas de las cosas valoradas por los humanos tendrían sentido. No negaré que es imposible relacionarse con todas las personas amablemente, no me ciego a la infantilidad de desear amarles a todos o al desagrado que representa tener que respetar al irrespetuoso; tampoco me interesa ocultar la molestia que conlleva tener que interactuar con ciertas personas o el enfado de simular ciertos convencionalismos, lo cual tiende a ser inevitable en algunos casos. Lo que sí afirmo es que no es posible vivenciar el vacío a profundidad sin entender, con ello, la vacuidad implícita y siempre presente en todos los seres que habitamos el planeta; de tal conciencia se deriva, cuando es auténtica, un profundo sentido de

padecimiento, de lo cual emana (en el mejor de los casos) una honesta solidaridad que invita a saberse en una sostenida pertenencia irrenunciable con los demás.

d) Rencor

La solidaridad derivada de una sana conexión con el resto de humanos se opone al total aislamiento; es contraria al rencor dirigido hacia aquellos de los que uno cree no formar parte. Considerarse excluido fomenta el anhelo de venganza, lo cual termina por envenenar al individuo que, irónicamente, se escuda en ello. En estos casos, es evidente que no hay necesidad de venganza alguna, pues el mismo individuo se ha encasillado, tras varias comprobaciones, como un ser aislado e indeseable. Aún en los casos en los que el deseo de venganza ha nacido genuinamente, debe apreciarse, tal como aportó Marco Aurelio, emperador romano, que el verdadero modo de vengarse de un enemigo es no parecersele. De tal modo, en caso de haber sido despreciados, no tendríamos que proferir desprecios; si la difamación ajena ha encontrado en nosotros un hogar no hay motivo para responder infantilmente de la misma manera. Goethe escribió que la venganza más cruel es el desprecio de toda venganza posible.

El rencor es una horrenda pérdida de energías no renovables. No aporta algo benéfico ni generará aportes operantes. Odiar a una sociedad que no nos ha incluido no hace más que evidenciar la razón en el proceder de los miembros de la misma. Detestar a la raza humana no es más que una ofensa particular que nos hacemos personalmente a partir de los otros. Más aún, el que desprecia a los demás por haber sido antes despreciado no hace más que ejecutar una imitación desafortunada de aquellos cuyo precio suponía no valorable. Detrás del rencor se esconde una postura de enemistad al vacío; distraído en el odio hacia los diferentes, el que guarda rencor se está carcomiendo interiormente, su desdicha no le permite vivir provechosamente el vacío que le podría ser rehabilitador.

Quien tiene rencor se incapacita a sí mismo, elude la conexión con otros, se abomina hasta el punto de observarse como una monstruosidad indigna del afecto de los demás y de sí. Un individuo en tales condiciones buscará destruir a otros para compensar sus pérdidas, pero en tales agravios externos se destruirá a sí mismo. No hay manera de que alguien regrese a un camino de estabilización si permanece negando su vacío. He dicho antes que el vacío podría ser como una pareja a la que hay que permitirle entrar a nuestra intimidad en ocasiones, pero si el acceso es negado, por miedo o precaución, nos destruirá hasta que le demos cabida o nos consuma eternamente. Quien tiene rencor está asistiendo, con su odio desmedido, a su propio funeral. Visto desde cualquier óptica, el deseo de venganza no es un consejero oportuno. Tal como aseguraba Pietro Trapassi, poeta italiano, vengarse del más fuerte es una locura, hacerlo con el igual es peligroso, y con el inferior es vileza.

Lograr vencer el miedo al vacío, así como dejar de encontrar en él un pretexto para la destructividad, el aislamiento, el derrotismo o el rencor, es un objetivo complejo del que depende la dirección, oportunidad, sentido y valoración de aquello que únicamente tenemos por un tiempo limitado: la vida.